El Eco de Cartagena

Año XXXI. DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9048

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—***Provincias.***—Tres meses, 7'50 id.—***Extranjero.***—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Lóndres, Agencia General Española, 6, Great Winchester. Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.

LEGIA JABONOSA

DE

JOSÉ IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET.

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruíz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruíz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castelini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palas; D. Ginés García Cañavate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Enrique Aragó, Droguería, Duque 17; D. Antonio Conesa, Sta. Florentina 37; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5, y D. Víctor Martínez, Plaza Sevillano, 5.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete y Murcia Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, principal, Cartagena.

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de anis»

MARCA "FARELL,,

Altamente recomendables para la bebida por sus virtudes digestivas y sabor agradable.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías, y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, pral., Cartagena.

JUEVES 24 DE DICIEMBRE DE 1891.

FRUTA DEL PAÍS.

«España es el único país donde los niños se mueren de envidia.»

Leyendo ayer estas frases de un autor célebre pensaba yo: «No es lo malo que los niños se mueran de eso, sino que gran número de españoles, mayores de edad, agonizan de la misma dolencia.»

Claro que la envidia no es producto exclusivo de nuestro país, pero en él mejor que en otro alguno se desarrolla y crece y prospera, produciendo efectos verdaderamente desastrosos.

Consecuencia lógica de nuestro carácter vanidoso, altivo y un si es no es hinchado y pedantesco, raro en el español que se decide á reconocer la superioridad de un compatriota suyo; y si alguna vez lo hace es de mala gana, á regañadientes.

¿Sale por ahí un sujeto, de condiciones estimables que procura desarrollar en este ó en el otro sentido? Pues todos caen á una sobre él para crearle obstáculos, dificultades y tropiezos, con la sana intención de que se rompa la crisma y no rebase el nivel de esas medianías impotentes que en todas las esferas del entendimiento se encuentran desempeñando el tristísimo oficio de maldecir de lo que otros hacen, de lo que ellos no serán capaces de hacer nunca. ¿Consigue el sujeto librarse de las zancadillas que le echan y de la resistencia que le oponen? ¿Llega por fin al logro de sus propósitos y deseos? Pues tenga por seguro que no han de faltarle admiradores piadosos y bien intencionados, que saquen á plaza sus debilidades y defectos, obscureciendo al paso sus méritos y sus aptitudes.

¿Por qué este afán inmoderado de quitar al prójimo lo que de derecho le corresponde? ¿Qué ventajas pueden obtener lo que valen poco con destrozar la fama de los que valen más? ¡Cualquiera lo explica...! Si esto se explicara se explicaría la razón de la envidia, dolencia que resulta y resultará siempre inexplicable.

Pero es lo cierto que si en otros países, mejor dicho, en todos existe esa enfermedad, en ninguno reviste los caracteres epidémicos que la caracterizan en España; el famoso dibujo de las tres cucañas que representa la ascensión por ellas de tres hombres, español uno, francés otro é inglés el último, es una verdad como un templo.

Los ingleses miran impasibles la ascensión de su compatriota. «¡Que suba!»—parecen decir.—Eso no es cuenta nuestra». Los franceses ayudan al ascensionista con los hombros, con las espaldas. «¡Es preciso que triunfe!»—exclaman—«la gloria es de todos.» Los españoles tiran á su paisano de los pies para ver si consiguen que se rompa los hocicos contra el empedrado. Esa es la monomanía española tiran á su paisano de los pies para ver si consiguen que se rompa los hocicos contra el empedrado. Esa es la monomanía española: tirar de los pies al que empieza á subir y apedrear al que está arriba.

Se entra en un café, en un teatro, en cualquier sitio donde estén reunidas cuatro personas. Pueden apostarse veinte contra uno á que los contertulios se ocupan en quitar el pellejo á alguien de cuyos méritos debieran mostrarse envanecidos.

¿Se habla de un orador?... no sabe hablar. ¿De un político? Es un imbécil. ¿De un literato? Es un mamarracho. ¿De un pintor? Es un majadero. ¿De un industrial? Es un canuelo. ¿De los que están arriba? Son unos afortunados sin razón para serlo. ¿De los que empiezan á subir? Son unos ambiciosos, sin vergüenza, sin méritos y sin más aptitudes que las que por consideración les prestan algunos amigos encargados de *bombearlos*

Siempre igual; en todas partes y á todas horas. ¿Hay que trepar? Las medianías, y con especialidad las medianías que se llaman amigos íntimos de usted, se suman y construyen una muralla de mezquindades, en la que cuesta esfuerzos enormes abrir brecha. ¿Se triunfa? Pero todavía Antes eran veinte, ahora son veinte mil, y como la figura destaca, resulta más fácil hacer blanco.

Poco podría importar esto si tal sistema no produjese la asfixia de muchos elementos valiosos y el achicamiento de grandes y salvadoras energías; pero es lo triste que como se necesita un organismo de titán para vencer en esa lucha diaria y continua donde el enemigo es cobarde y hiere á mansalva, muchos retroceden; no pocos sucumben, y el que llega á lo alto llega tan gastado y maltrecho que dura poco. Así como la epidemia médica arrebatando vidas y vidas produce la ruina y el empobrecimiento del país donde se desarrolla, así esta epidemia moral agota en flor muchos cerebros que podrían [illegible] al progreso de nuestra patria, determina el atraso de [illegible] y el mal concepto que tienen [illegible] de nosotros las restantes naciones del mundo.

[illegible] por cerrar el paso al que viene animado de propósitos nobles y de aspiraciones [illegible] Por qué no abrir hueco en [illegible] al combatiente que acude á ellas ansioso de robustecerlas? ¿No hay sitio para todos? ¿Se perjudica á alguien? No, y cien veces no.

Nadie dice por qué, ninguno se atreve á explicarlo, pero el hecho existe y hasta ahora no se ha tropezado con el remedio.

Yo tampoco lo sé, y como el mal á que me refiero es contagioso y me produce [illegible] asco invencible, todas las noches antes de acostarme me hinco de rodillas á los pies de la cama y digo levantando los ojos al cielo, juntando las manos y poniendo en mis frases toda la voluntad de mi conciencia y todo el anhelo de mis aspiraciones:

—Dios mío, tú que eres justo y bueno y omnipotente, libra á este ciudadano, español, y literato por añadidura, no de envidiosos, porque es muy pequeño para tenerlos y tendrían que ser muy despreciables los que tuviese. Líbrale, repito, no de envidiosos, pero sí de ser envidioso.

Así Dios me lo conceda como yo de todo corazón se lo pido.

JOAQUÍN DICENTA.

CUENTOS PEQUEÑITOS.

I

Roscón de monja.

Cuando menos se acordaba Anita de aquella aldea en que había nacido y se había criado... llamó á la puerta Julián, un señorito forastero Julián, su amigo de la infancia, su vecino, su paisano.

En la antesala, con tres ó cuatro paquetes, sin duda los encargos que le habían hecho en el lugar, engorros que aumentaban la torpeza de sus ademanes... esperaba aturdido, maravillado, locuaz, con esa volubilidad del que se siente á merced de múltiples impresiones nuevas.

—No creí hallarte... ó hallar á usted, dijo. Tenía las señas de la casa, el número, el piso... pero no el nombre. ¡Capricho singular! ¡Cambiarse de nombre! ¿Cómo había de hallarte?... La portera de la casa me dijo .. ¿Una señorita rubia, alta, muy guapa?... Sí, la misma... salió á cuento tu señal particularísima, el lunarcillo de tu barba. Pero el nombre era lo misterioso; te llamabas Andrea, y ahora te llamas Anita... Dice la portera que esta mudanza de nombre es propia de todas las «señoritas del horizonte;» maldito si entiendo lo que ha querido decir...

—Julián, Julián, ¿quién podía figurarse que habías tú de aparecer cuando menos lo esperaba?...—replicó Anita agitada por vivo estremecimiento de sorpresa y de viva alegría. En su voz trémula, aflautada y dulce se combinaban, como conjunción de sonidos que brotan á la vez, el acento riente de un íntimo regocijo, y la débil y triste nota de una comprimida queja.—Pasa aquí, pasa á mi gabinete... Julián, Julián, ¡qué contento me produce el verte!

Ni él salía de su aturdimiento, ni ella de su sorpresa. El era ya un mozo, no elegante, pero en cambio saludable y robusto; había en sus ojos, negros y brillantes, algo como un reflejo de la libre luz que hay en el cielo de los campos; ella pálida, más delgada, y eso que se dice más espiritual; tenía la elegancia y el señorío de una gran dama.

Luégo se hallaron sentados uno frente al otro en el lindo gabinete del pecado, allí donde un lujo ostentoso y chillón parecía pregonar las hondas tristezas y los locos desvaríos de la vergüenza... No cabía duda; Anita no hubiera podido explicar cuál era su posición social, ni cuáles su vida y sus costumbres: en él, una maliciosa sospecha despertaba audaces deseos y vagos impulsos tentadores...; en ella, en su corazón de mujer, había surgido una alegría infantil, un deseo de verse siquiera por un instante respetada y querida... ¡Ah, pero Anita no se hubiera atrevido á preguntar por su tío el maestro del pueblo, ni por su hermana... su hermana Teresa, mayor que ella, y á la que siendo aún niña había quedado confiada cuando sus padres murieron!... Su hermana Teresa... una santa, una santa, sin duda; la cual hacía tres años había mandado á Anita á Madrid á servir, y se había encerrado en un convento.

Por todos los de la aldea preguntó Anita, menos por su hermano y por su tío.

Si éstos supieran lo que ella hacía en Madrid...

El perfume que de sí despedía Anita, aquellos adornos de puntillas y encajes bordados que delicadamente cubrían su fina, su bellísima, su nívea garganta; aquella cabellera, artísticamente peinada; los dulces ojos, las lindas orejitas, en cuyas yemezuelas se veían dos duquesitas de brillantes, como gotas de rocío en corolas de rosa; las zapatillas de grana y oro que apuntaban bajo el vestido, señalando la diminuta forma de los pies; la rica bata de peto blanco y falda obscura tornasolada como la blanca pechuga y el azulado plumaje de una paloma... y en fin, la cortesanía de los ademanes, la gracia de aquella boca parlera, provocadora y riente... enloquecieron á Julián, y cuando ella con mayor animación é interés preguntaba por las gentes del lugar... por la Anselma, por la Juana, por la vieja Tomasa, constante alumbradora del altar de San Antonio, y por aquel huerto, por aquella cercana pradera del cerro, la tierra de trigales, en la cual siendo niña ella su padre la había acostado mil veces á la sombra de las trojes; cuando, por último, en la mente de Anita se ofrecían con vigorosa entonación la memoria de los paisajes y de las bellezas de su país... y recordaba la alegre llegada de las tribus de golondrinas; las aguzanieves saltando por las breñas, la alondra ebria de gozo... fija, sosteniéndose con vivo aleteo en un punto del espacio y cantando enardecida por el fuego y la luz del sol... Julián, se acercó á Anita, y con ardiente mirada y extraña emoción, fue malicioso, cautelosamente rodeando con sus brazos el talle de la joven...

De pronto ella, al sentirse cogida, se levantó bruscamente, como si la virtud viviera en su alma y hubiese advertido la perfidia de la seducción primera, la arteria de un tentador diabólico.

—¿Tam[illegible]? ¿También tú?... ¿Lo sabías? ¿Has venido á esto?

—¡Anita!... ¡Vaya, no me hagas comedias!... ¿Piensas que no lo sé todo? ¡Ah, muy tonto me crees! ¿Te retiras? ¿huyes? ¡Jamás te he visto más hermosa!... ¡Bien sabes que he sido siempre generoso.!...

En esto el joven se puso de pie, y dejó caer uno de los envoltorios de los encargos que llevaba; el envoltorio se abrió, y dejó ver un roscón de los que suelen hacer en A. las monjas Teresas.

—¡Julián!—gritó llena de inesperado gozo Anita;—Julián, ¿traías eso para mí? ¿Te ha dado mi hermana este roscón? ¡Oh, me quiere, no me ha olvidado!... ¡Hermana, mía! ¡Pobre de mí, si ella supiera!... ¡Oh, no; no te [illegible] dila que me has visto y que estoy sirviendo en casa de la señora Condesa!... ¡Que nada sepa mi hermana! ¡Mi hermana es una santa! ¡Día que conservaré este roscón como una reliquia!...

—Ese roscón no es para ti. ¡No quiere ni oir el santo de tu nombre!... Ese roscón es para un Padre cura... ¡Vaya, no me hagas comedias, pajarita mía!...

No fué comedia; fué un llanto nervioso, trágico, desesperado, por una pronta y profunda resolución íntima, enérgico esfuerzo de la vo-